

1. Motivación

Cristo ha muerto y resucitado y es ahora al Espíritu a quien le corresponde la misión de hacer presente la voluntad del Padre que se ha revelado en Jesús de Nazaret y por cuya causa dio hasta la vida. Su vida y mensaje no pueden quedar reducidos a un mero hecho histórico que con el paso del tiempo se echa en el olvido. Ésta es precisamente la misión del Espíritu Santo.

Pero para esta misión necesita un cuerpo: unos pies, unas manos, unos labios... Y esta es la misión de la Iglesia; hacer visible la misión del Espíritu, ser un cuerpo para el Espíritu. Dios nos necesita. Así lo entendieron los apóstoles que, nada más recibir el Espíritu, se lanzaron a las calles precisamente a hablar de Jesús ya vivir según su estilo.

Vivir, pues, según el Espíritu, es tener el mensaje y la persona de Jesús como criterios que orientan nuestra vida. Es tener en los labios y en el corazón el evangelio de Jesucristo. Hay, pues, que estar atentos a todos los signos a través de los cuales Dios, por medio de su Espíritu, nos interpela: la creación, los hombres, los acontecimientos...

Hay que preguntarse continuamente bajo qué signos el Señor nos está hablando. Con palabras de san Ignacio: «Hay que buscar y hallar a Dios en todas las cosas».

Los síntomas que nos acompañan, si obramos conforme al Espíritu de Cristo, serán aquellos que bellamente formula San Pablo en la carta a los Gálatas 5, 22-23: «Los frutos del Espíritu son: amor; alegría, paz, tolerancia, amabilidad, bondad, fe, mansedumbre y dominio de sí mismo. No hay ley frente a esto».

2. Testigos del encuentro con Cristo Resucitado

En el ámbito de los acontecimientos pascuales, el primer elemento ante el que nos encontramos es el “sepulcro vacío”. Sin duda no es por sí mismo una prueba directa. La ausencia del cuerpo de Cristo en el sepulcro en el que había sido depositado podría explicarse de otra forma, como de hecho pensó por un momento María Magdalena cuando, viendo el sepulcro vacío, supuso que alguno habría sustraído el cuerpo de Jesús (Cfr Jn 20, 15). Más aún, el Sanedrín trató de hacer correr la voz de que, mientras dormían los soldados, el cuerpo había sido robado por los discípulos. «Y se corrió esa versión entre los judíos, (anota Mateo) hasta el día de hoy» (Mt 28, 12-15).

Así fue ante todo para las mujeres, que muy de mañana se habían acercado al sepulcro para ungir el cuerpo de Cristo. Fueron las primeras en acoger el anuncio: «Ha resucitado, no está aquí... Pero id a decir a sus discípulos y a Pedro...» (Mc 16, 6-7). «Recordad cómo os habló cuando estaba todavía en Galilea, diciendo: ¡Es necesario que el Hijo del hombre sea entregado en manos de los pecadores y sea crucificado, y al tercer día resucite! Y ellas recordaron sus palabras» (Lc 24, 6-8).

Ciertamente las mujeres estaban sorprendidas y asustadas (Cf Mc 24, 5). Ni siquiera ellas estaban dispuestas a rendirse demasiado fácilmente a un hecho que, aun predicho por Jesús, estaba efectivamente por encima de toda posibilidad de imaginación y de invención. Pero en su sensibilidad y finura intuitiva ellas, y especialmente María Magdalena, se aferraron a la realidad y corrieron a donde estaban los Apóstoles para darles la alegre noticia.

El Evangelio de Mateo (28, 8-10) nos informa que a lo largo del camino Jesús mismo les salió al encuentro les saludó y les renovó el mandato de llevar el anuncio a los hermanos (Mt 28, 10). De esta forma las mujeres fueron las primeras mensajeras de la resurrección de Cristo, y lo fueron para los mismos Apóstoles (Lc 24, 10).

Entre los que recibieron el anuncio de María Magdalena estaban Pedro y Juan (Cf Jn 20, 3-8). Ellos se acercaron al sepulcro no sin titubeos, tanto más cuanto que María les había hablado de una sustracción del cuerpo de Jesús del sepulcro (Cf Jn 20, 2). Llegados al sepulcro, también lo encontraron vacío. Terminaron creyendo, tras haber dudado no poco, porque, como dice Juan, «hasta entonces no habían comprendido que según la Escritura Jesús debía resucitar de entre los muertos» (Jn 20, 9).

No puede dejar de impresionar la consideración del estado de ánimo de las tres mujeres, que dirigiéndose al sepulcro al alba se decían entre sí: «¿Quién nos retirará la piedra de la puerta del sepulcro?» (Mc 16, 3), y que después, cuando llegaron al sepulcro, con gran maravilla constataron que «la piedra estaba corrida aunque era muy grande» (Mc 16, 4). Según el Evangelio de Marcos encontraron en el sepulcro a alguno que les dio el anuncio de la resurrección (Cfr. Mc 16, 5); pero ellas tuvieron miedo y, a pesar de las afirmaciones del joven vestido de blanco, «salieron huyendo del sepulcro, pues un gran temblor y espanto se había apoderado de ellas» (Mc 16, 8). ¿Cómo no comprenderlas? Y sin embargo la comparación con los textos paralelos de los demás Evangelistas permite afirmar que, aunque temerosas, las mujeres llevaron el anuncio de la resurrección, de la que el “sepulcro vacío” con la piedra corrida fue el primer signo.

La duda se convierte en convicción cuando se encuentran con Jesucristo. Así sucedió a las mujeres que al ver a Jesús en su camino y escuchar su saludo, se arrojaron a sus pies y lo adoraron (Cf Mt 28, 9). Así le pasó especialmente a María Magdalena, que al escuchar que Jesús le llamaba por su nombre, le dirigió antes que nada el apelativo habitual: «Rabbuni, ¡Maestro!» (Jn 20, 16) y cuando Él la iluminó sobre el misterio pascual corrió radiante a llevar el anuncio a los discípulos: «¡He visto al Señor!» (Jn 20, 18). Lo mismo ocurrió a los discípulos reunidos en el Cenáculo que la tarde de aquel «primer día después del sábado», cuando «se alegraron al ver al Señor» (Cf Jn 20,19-20).

3. Jesucristo ha sido resucitado por Dios Padre.

Jesús se presenta a las mujeres y a los discípulos con su cuerpo transformado, hecho espiritual y partícipe de la gloria del alma: pero sin ninguna característica triunfalista. No ha querido enfrentarse a sus adversarios, asumiendo a actitud de vencedor.

A los privilegiados de sus apariciones, Jesús se deja conocer en su identidad física: aquel rostro, aquellas manos, aquellos rasgos que conocían muy bien, aquel costado que habían traspasado; aquella voz, que habían escuchado tantas veces. Sólo en el encuentro con Pablo en las cercanías de Damasco, la luz que rodea al Resucitado casi deja ciego al ardiente perseguidor de los cristianos y lo tira al suelo (Cf Hech 9, 3-8); pero es una manifestación del poder de Aquél que, ya subido al cielo, impresiona a un hombre al que quiere hacer un «*instrumento de elección*» (Hech 9, 15), un misionero del Evangelio.

A las mujeres: «En esto, Jesús les salió al encuentro (a las mujeres que corrían para comunicar el mensaje a los discípulos) y les dijo: ¡Dios os guarde! Y ellas, acercándose, se asieron de sus pies y le adoraron. Entonces les dice Jesús: ¡No temáis! Id y avisad a mis hermanos que vayan a Galilea; allí me verán» (Mt 28, 9-10). También ocurre parecido en el episodio de la aparición a María de Magdala (Jn 20, 11-18).

Son características de estos encuentros: la dificultad inicial en reconocer a Cristo por parte de aquellos a los que Él sale al encuentro, como se puede apreciar en el caso de la misma Magdalena (Jn 20, 14-16) y de los discípulos de Emaús (Lc 24, 16). No falta un cierto sentimiento de temor ante Él. Se le ama, se le busca, pero, en el momento en que se le encuentra, se experimenta duda y vacilación. Pero Jesús les lleva gradualmente al reconocimiento y a la

fe, tanto a María Magdalena (Jn 20,16), como a los discípulos de Emaús (Lc 24, 26 ss.) y, análogamente, a otros discípulos (Cf Lc 24, 25-48). Signo de la pedagogía paciente de Cristo al revelarse al hombre, al atraerlo, al convertirlo, al llevarlo al conocimiento de las riquezas de su corazón y a la salvación.

Cuando se dan cuenta, con su ayuda, de que no se trata de otro, sino de Él mismo transformado es como un despertar de fe: «¿No estaba ardiendo nuestro corazón dentro de nosotros cuando nos hablaba en el camino y nos explicaba las Escrituras?» (Lc 24, 32). «Señor mío y Dios mío» (Jn 20, 28). «He visto al Señor» (Jn 20, 18).

Hay que subrayar una última característica de las apariciones de Cristo resucitado. En ellas, especialmente en las últimas, Jesús realiza la definitiva entrega a los Apóstoles (y a la Iglesia) de la misión de evangelizar el mundo para llevarle el mensaje de su Palabra y el don de su gracia. Recuérdese la aparición a los discípulos en el Cenáculo la tarde de Pascua: «Como el Padre me envió, también yo os envío...» (Jn 20, 21). ¡Y les da el poder de perdonar los pecados!

Y en la aparición en el mar de Tiberíades, seguida de la pesca milagrosa, que simboliza y anuncia los frutos de la misión, es evidente que Jesús quiere orientar sus espíritus hacia la obra que les espera (Cf Jn 21,1-23). Lo confirma la definitiva asignación de la misión particular a Pedro (Jn 21, 15)18): «¿Me amas?... Tú sabes que te quiero... Apacienta mis corderos... Apacienta mis ovejas...».

Juan indica que «ésta fue ya la tercera vez que Jesús se manifestó a los discípulos después de resucitar de entre los muertos» (Jn 21,14). Esta vez, ellos, no sólo se habían dado cuenta de su identidad: «Es el Señor» (Jn 21, 7), sino que habían comprendido que, todo cuanto había sucedido y sucedía en aquellos días pascuales, les comprometía a cada uno de ellos (y de modo muy particular a Pedro) en la construcción de la nueva era de la historia, que había tenido su principio en aquella mañana de Pascua.

4. **Petición: Señor, que me deje conducir por tu Espíritu para que pueda amarte y servirte en todo.**

5. **Cristo Resucitado presente en su Iglesia.**

5.1. *Situación de los apóstoles antes de recibir el Espíritu Santo*

Jesús ha muerto y esto ha producido en ellos una gran decepción. Se sienten desesperanzados, con miedo y sin futuro:

- Jn 20, 24-29: Tomás se marcha del grupo y se muestra incrédulo.
- Lc 24, 13-24: Los de Emaús se marchan y manifiestan su desesperanza.
- Jn 20, 19: Por miedo a los judíos se encierran en casa.
- Lc 24, 36-39: Están aterrados y llenos de miedo.

5.2. *Situación de los apóstoles después de recibir el Espíritu Santo*

Su situación interna ha cambiado absolutamente. El miedo ha desaparecido y la valentía se ha apoderado de ellos. Salen a la calle ya las plazas a anunciar a aquel Jesús de Nazaret. Así nos lo revelan los siguientes textos:

- Hechos 2, 14-35: Pedro, en nombre de todos, predica a Cristo muerto y resucitado.
- Hechos 4, 1-22: Son perseguidos por el Sanedrín, pero no se acobardan.
- Hechos 5, 17-18: Son encarcelados.
- Hechos 2, 37-41 y 4,32-35: Viene una vida de comunidad fraterna y solidaria.

5.3. *Y todo esto por el envío del Espíritu el día de Pentecostés: Hechos 2, 1-13. Los dones del Espíritu Santo: Gálatas 5, 22-26*

6. La salvación es para el universo entero. Los dones del Espíritu Santo también han sido derramados sobre los paganos

Página | 4

Hechos 10,44-48: Pedro tenía resistencia a bautizar a Cornelio porque era pagano, hasta que recibe la inspiración divina de que también para ellos es la liberación de Jesucristo.

7. Al acabar este tiempo de gracia en el que hemos intentado acercarnos al Señor por medio de la oración, la Palabra del Señor y nuestra comunión espiritual, rezamos la oración de santo Tomás de Aquino pidiendo que la Santísima Trinidad nos ayuden a poner “modo y orden en nuestra vida”. Pedimos la intercesión de la Virgen María, por Ella vamos a Jesucristo:

Concédeme, Dios misericordioso
que, las cosas que a ti te agradan,
las desee ardientemente,
las investigue cuidadosamente,
las conozca verdaderamente
y las cumpla perfectamente para alabanza y gloria de tu nombre.

Ordena, Señor, mi estado de vida
y haz que conozca todo lo que quieres que haga,
y ayúdame a cumplirlo como mejor conviene
y hace bien a mi alma.

Ayúdame, Señor Dios mío,
a no serte infiel ni en las prosperidades
ni en las adversidades,
para que ni en unas me ensoberbezca
ni en las otras me deprima.

Que solamente me alegre de las cosas que me conducen a ti,
y me duela de las cosas que me apartan de ti,
que no desee ningún placer ni tema ningún disgusto si no es por ti,
que me parezcan poca cosa, Señor, todas las realidades transitorias,
y me parezcan muy valiosas las cosas eternas,
que me cause asco todo placer que está apartado de ti,
para que ninguna cosa ambicione fuera de ti.

Que me encante, Señor, trabajar por ti;
y me resulte cansador todo descanso, si me separa de ti.
Concédeme, Dios mío, que mi corazón se dirija a ti
Y que en mis caídas me duela con el firme propósito de no volver a caer.

Señor, Dios mío,
ayúdame a ser obediente sin replicar,
pobre sin quejarme,
casto sin corromperme,
paciente sin murmuración,

humilde sin fingimiento,
alegre sin ser desenfrenado,
maduro sin ser pesado,
ágil sin ser descuidado,
temeroso sin desesperarme,
veraz sin doblez;
que cuando haga el bien no me lo atribuya como mérito propio;
que cuando corrija al prójimo no lo haga con superioridad,
sino que lo edifique con la palabra y el ejemplo sin simulación.

*Concédeme, Señor Dios, un corazón despierto,
para que ningún pensamiento de distracción lo aparte de ti.*

Un corazón noble,
para que no se deje arrastrar hacia abajo por ningún deseo indigno,
un corazón recto,
para que ninguna intención torcida lo haga desvirtuarse,
un corazón firme,
que no lo doblegue ninguna tribulación:
un corazón libre,
para que no se deje atar por las fuertes inclinaciones desordenadas.

Sé generoso conmigo, Señor Dios mío,
para que te conozca con mi inteligencia,
para que te busque con prisa,
para que te encuentre con sabiduría,
para que me cause placer conversar contigo,
para que te espere con fiel perseverancia,
y finalmente, te abrace con toda mi confianza.

Concédeme que las penas que permites que me aflijan
me sirvan de penitencia;
que los beneficios que me haces en esta vida me ayuden a vivir en gracia,
y que disfrute de los gozos de la Patria eterna para tu gloria.

Todo te lo pido a ti que vives y reinas
y eres Dios por los siglos de los siglos. Amén.

¡Qué todo sea para mayor gloria de Dios!

«SI CRISTO NO HA RESUCITADO
VANA ES NUESTRA FE»
(1 Cor 15,14)



*«Si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda infecundo;
pero si muere, da mucho fruto» (Jn 12,24)*

*¿Qué las dificultades del momento presente
no nos roben la alegría de Cristo Resucitado!*

¡Feliz Pascua de Resurrección!

¡Verdaderamente Cristo ha resucitado!

¡Aleluya!